

Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización: una perspectiva analítica en desarrollo

Ximena Agudo Guevara y Daniel Mato

Este texto propone una perspectiva para el análisis de algunas transformaciones contemporáneas significativas en el marco de los procesos de globalización contemporáneos. Esta interpretación analítica procura poner de relieve la importancia de las prácticas de los actores sociales en las transformaciones sociales, y muy especialmente los aspectos simbólicos de estas prácticas, así como los modos en los cuáles ellas se relacionan con los procesos de globalización contemporáneos. Con tal propósito hemos dividido la exposición en dos partes. En la primera comentaremos someramente aspectos salientes de algunas teorizaciones sobre la así llamada globalización que resultan particularmente relevantes para el tipo de análisis propuesto. En tanto, en la segunda parte trazaremos articulaciones entre algunas proposiciones teóricas que a nuestro juicio contribuyen de maneras significativas e innovadoras al estudio con perspectiva cultural de procesos de cambio social en el marco de los presentes tiempos de globalización. La perspectiva analítica aquí presentada constituye una propuesta teórica inacabada en cuya elaboración estamos comprometidos y a la cual invitamos a los lectores a contribuir. Pensamos que la aproximación propuesta contribuye a interpretar de manera plausible las especificidades de numerosos procesos de cambio social que tienen lugar en estos tiempos de globalización, lo cual a lo largo del texto ilustraremos a través de referencias a algunos estudios específicos.

Sobre la globalización

Una característica significativa del corpus de estudios que sirve de referencia al presente texto es que incluye aproximaciones muy diversas, tanto desde un punto de vista ideológico como disciplinar. No obstante, un elemento común destaca dentro de esta pluralidad: la convicción de que el análisis de los cambios sociales del mundo contemporáneo difícilmente puede ser abordado desde perspectivas analíticas rígidamente encuadradas en los marcos disciplinarios establecidos; asunto significativo al que ya habíamos hecho referencia en el estudio introductorio de *América Latina en Tiempos de Globalización*, volumen colectivo que precede al que el lector tiene en sus manos (Mato 1996a:11).

El tema de la globalización constituye hoy en día uno de los epicentros alrededor de los cuales gira la producción teórica de las humanidades y ciencias sociales. Eje de debates e interrogantes, el tema está lejos de agotarse. La definición misma de este objeto temático es heterogénea, y frecuentemente discrepante. Por tanto, parece conveniente ofrecer un panorama general de los cruces y distanciamientos que caracterizan a los discursos de la globalización, algunos de los cuales ya hemos abordado en publicaciones anteriores (Agudo 1998a).

Con la idea de globalización conviven nociones de “crisis”, “ruptura”, “continuidad”, “ajuste”, “cambio”, “transformaciones radicales” “ciclos”. En fin, se trata de un tema en torno al cual se debate acerca de una condición peculiar de los tiempos presentes, los cuales se caracterizan por su particular dinamismo a escala planetaria.

Ordenar las distintas conceptualizaciones formuladas alrededor de la idea de globalización es en sí misma una tarea problemática. Ello se debe tanto a la heterogeneidad de las mismas como a la complejidad de los aparatos analíticos y fundamentos epistemológicos involucrados. Por ello precisamente, puede resultar útil comenzar por identificar aquellos rasgos imputables a “la globalización” sobre los cuales existe menor discrepancia.

Por ejemplo, en general la idea de globalización se asocia con la creciente intensificación de vínculos e interconexiones —de diversos tipos y por distintos medios— entre las distintas sociedades y/o actores

sociales del mundo, lo cual hace que los eventos, que tienen lugar en una parte del planeta ejerzan cada vez más significativa influencia en los sujetos (actores, comunidades, estados y/o bloques regionales) en otras partes del mismo (Giddens, 1990; Appadurai 1990; Sklair 1991; Wallerstein 1991; Waters 1995; Sonntag y Arenas 1995; Mato 1996a; 1999a, 1999b; Ferrer 1996). Así, “desterritorialización” (Appadurai 1990), “desanclaje” (Giddens 1990), “hibridación” (García Canclini 1992), “sistema-mundo” (Wallerstein 1991), “poliarquía” (Rosenau 1992), “prácticas transnacionales” (Sklair 1991; Mato 1996, 1998, 1999c) son algunos de los términos mediante los cuales se representan y se distinguen las dinámicas de tales flujos e interconexiones, dependiendo de la perspectiva disciplinar de sus autores y de la lógica causal que le atribuyen a aquellas.

Numerosos autores coinciden al menos en dos elementos en sus modos de interpretar estas dinámicas: el reconocimiento de su carácter complejo, si las entendemos como procesos que presentan tendencias variadas e incluso opuestas; y la forma desigual en que estas tendencias se experimentan en el espacio y el tiempo planetarios.

Las complejidades que gravitan alrededor del tema de la globalización se ponen de manifiesto en la gama de tendencias en oposición: universalización/particularización (Robertson 1992; Waters 1995; Wallerstein 1991); interconexión/interdependencia (Sonntag y Arenas 1995); homogeneización/diferenciación (Appadurai 1990; García Canclini 1992, 1995, 1999; Mato, 1995, 1996a, 1999b); centralización/descentralización (Rosenau 1992). Estas tendencias en oposición y las formas desiguales en las cuales son experimentadas en distintas partes del mundo imprimen a esas dinámicas de flujos e interconexiones un carácter no sólo complejo sino, y sobre todo, polivalente e incierto. De ahí que, por un lado, buena parte de las teorías sobre la globalización se interroguen acerca de la direccionalidad de estas fuerzas en acción desigual; y por el otro, y en consecuencia, que se interroguen acerca de lo que es posible como resultado de lo anterior: “cultura global” (Smith, 1991); “civilización global” (Pelmutter, 1991); “sociedad capitalista mundo” (Wallerstein, 1997); “mundo bifurcado” (Rosenau, 1992); “regiones estados” (Kenichi 1995).

Estas interrogantes e hipótesis en general permiten afirmar que buena parte de las teorías aquí referidas relacionan el tema de la globalización con el cambio. Particularmente, con el cambio de los arreglos que dan forma a la organización política del planeta, a través de transformaciones en las relaciones sociales entre los actores sociales que participan en la construcción de tales arreglos. Independientemente de la orientación disciplinar de los autores aquí referidos, las interrogantes respecto del destino de los estados-nacionales se revela como una constante, bien sea como unidad de análisis o como unidad referencial. Así, algunas de las proposiciones teóricas referidas se interrogan acerca del fin de los estados-nacionales (Kenichi, 1995); o bien, reafirman su vigencia como unidad constitutiva del actual y/o futuro orden mundial, aunque con un carácter más permisivo e interdependientes (Gilpin, 1987); o más aún, prevén reajustes que no ratifican su fin, pero sí su reacomodo (Rosenau, 1992; Appadurai 1996). Por lo tanto, pensamos que se hace necesario revisar algunos de los presupuestos epistemológicos sobre los cuales descansan estas teorías.

A la par de examinar críticamente algunos fundamentos epistemológicos de las aproximaciones teóricas a la globalización, conviene interrogarse acerca de si las mismas —de manera deliberada o no, y a pesar de las diferencias en sus enfoques, instrumentos analíticos y orientación disciplinar— contribuyen o no lo hacen a reafirmar las relaciones de poder imperantes. Una postura crítica frente al debate en torno a la globalización, desde cualquiera de sus perspectivas, permite a la vez examinar cómo se construyen las relaciones de poder en el orden mundial contemporáneo.

La controversia sobre la posibilidad de una “cultura global”, o la emergencia de unidades de organización planetaria de orden “supranacional” expresan algunas de las tensiones que derivan de la vigencia de relaciones de poder desigual y de los mecanismos que las resisten y las confrontan. Es gracias a estas tensiones que temas como el de “democracia” (Przeworski, 1991); “gobernabilidad” y “orden” (Rosenau, 1992); “interdependencia” y “cooperación” (Kenichi, 1995) entre otros, constituyen aspectos salientes del debate. Vista de esta manera, la relación de tensión entre unidad y multiplicidad cobra entonces un singular perfil en el contexto de la temática que nos ocupa.

Parece plausible asumir que la idea de “la globalización”, así como enunciación en singular, reafirma las tendencias históricas de la modernidad hacia la unificación de los espacios sociales planetarios, desde la cual la multiplicidad es subsumida en la unidad. Se trata de una tendencia intrínseca y secular del capitalismo que, como plantea Boron (1999), la “retórica de la globalización” presenta como si fuera un momentáneo e inesperado resultado, y a sus efectos como obra de fuerzas impersonales; como una suerte de “secreción natural” de un orden económico global en donde no existen estructuras, clases, relaciones de dependencia entre naciones ni asimetrías en las relaciones de poder.

Boron insiste en la necesidad de distinguir mitos de realidades. Afirma que el reconocimiento de las antiguas raíces de la globalización capitalista, es decir, de todo lo “viejo” que aparece hoy en día disfrazado como una novedad absoluta, no implica desconocer la existencia de aquellos procesos que le han dado a la fase actual un dinamismo extraordinario. Sostiene que la globalización constituye una tendencia de efectos tanto heterogéneos como desiguales y de dimensiones menores de lo que nos quiere hacer creer la interpretación neoliberal. Y ello es así porque el impacto de “la globalización” está siempre mediado por las políticas públicas y la conducta de los gobiernos. En consecuencia, sostiene Boron, la idea de la desaparición de los estados nacionales, o la de su “incurable impotencia” ante la fuerza arrolladora de la globalización, es parte de los mitos que hay que poner al descubierto.

Algunos pensamos (véase Agudo, 1998a) que tal impotencia se expresa y promueve, por ejemplo, mediante la construcción y aplicación de miradas analíticas que, como la “endógena / exógena”, son utilizadas con significativa frecuencia en la teorías sobre la globalización para dar cuenta de los cambios del actual orden mundial (véase por ej.: Prezowski, 1991; Kenichi, 1995; Ferrer, 1996; Griffith, 1996). La “dimensión endógena” como perspectiva de análisis se sustenta en el supuesto de que las regiones o los estados nacionales son espacios naturales y no contruidos, y con valores que les serían intrínsecos. Tal supuesto permite que los procesos sociales vinculados tanto al “desarrollo” como al “subdesarrollo” puedan ser interpretados como resultado de procesos locales (nacionales o regionales), naturales y diferenciados,

y no articulados a un sistema tanto internacional como transnacional de transacciones e intercambios sociales, culturales, políticos y/o económicos. Desde esta postura, algunos así también lo creemos (Agudo 1998a), las distintas partes del mundo quedan analíticamente pre-ordenadas a partir de relaciones de oposición del tipo “adentro/afuera” y/o “centro/periferia”, favoreciendo de esta manera la reafirmación de relaciones de poder que vinculan a actores sociales situados en distintas partes del mundo.

La afirmación de la existencia de características presuntamente intrínsecas a las diferentes partes del espacio-mundo ha sido históricamente uno de los mecanismos de poder más exitosos de la modernización ya que, fundamentado en una visión estado-céntrica del desarrollo social, ha servido para la construcción social, jerarquizada, de identidades nacionales y/o regionales. De tal forma es así, que éstas parecen ser el resultado “natural” -y no construido- de distintas historias locales (véase Coronil, 1996).

Interrogarnos sobre los supuestos que sirven de fundamento a estas construcciones teóricas nos permite comprender porqué algunas proposiciones teóricas giran alrededor de la idea de “estados nacionales” (por ej.: Rosenau, 1992; Kenichi, 1995); mientras que otras se centran en las “relaciones y/o prácticas transnacionales” (por ej.: Sklair, 1991; Mato, 1996a; García Canclini, 1995, 1999a, 1999b); y porqué algunas de ellas toman a los actores sociales como unidad central del análisis (por ej.: Escobar 1995; Mato, 1996a, 1997a, 1997b, 1998, 1999a, 1999c; Yúdice 1997, 2000).

Esta diversidad, referida a las unidades de análisis en la construcción teórica sobre la globalización, da cuenta a su vez de las tensiones y conflictos que operan en las relaciones sociales en tiempos de globalización. Estas teorías buscan comprender y explicar el orden mundial contemporáneo y sus cambios. Pero resulta que, a la vez, ellas inciden en, y son marcadas por, las prácticas de los actores sociales que contribuyen a dar forma a tales cambios. Las tensiones, conflictos, discrepancias y/o coincidencias que se manifiestan en las distintas proposiciones teóricas sobre la globalización nos informan también sobre los conflictos y tensiones relacionados con las visiones del mundo y las

prácticas de los distintos actores sociales involucrados. Así, revisar los elementos claves de las distintas formulaciones teóricas es también una tarea que permite evaluar la capacidad y direccionalidad teórico-persuasiva de cada una de ellas. Es decir, equivale a examinarlas como construcciones discursivas que participan —advertida o inadvertidamente— en aquellos procesos desde los cuales se construyen relaciones de poder, ya que a la vez que versan sobre el actual orden mundial, actúan y operan dentro de él.

Por lo expuesto más arriba, queda claro que en nuestra opinión la globalización involucra procesos tanto de integración como de diferenciación. Por ello, parece oportuno señalar las diferencias que se pueden observar dentro del universo de las narrativas sobre la globalización.

Es posible identificar cinco constantes en el conjunto de discursos que interpretan y representan a la globalización como un proceso singular. En general este tipo de discursos convierten a la globalización en algo ya dado, externo a las prácticas de los actores sociales. Así, estos discursos “fetichizan” a la globalización, sea demonizándola o haciendo su apología. Pero lo más importante del caso es que al hacer esto, al tomarla como algo dado, autónomo de las prácticas de los actores sociales, estas concepciones obstaculizan la posibilidad de investigar sobre las prácticas de los actores y cómo éstas producen eso que llaman globalización, así como sobre las transformaciones culturales y sociopolíticas de las sociedades contemporáneas vinculadas a diversos procesos de globalización (Mato, 1999b:1).

La primera de estas constantes es una marcada tendencia a representar la globalización como si se tratara de un fenómeno unidimensional, en general como un asunto básicamente económico o de negocios, o bien como uno relativo a los medios de comunicación masiva. La segunda es que suelen representar la globalización como si sólo consistiera en un entrecruzamiento de flujos relativamente autónomos y/o anónimos, dejando de lado los papeles jugados por la diversidad de actores sociales que los promueven. La tercera es que suelen representar la globalización como si ésta tuviera lugar fuera de cualquier espacio social específico: como si se tratara de un fenómeno “desterritorializado”; cuando ocurre que todos los actores sociales que participan de los procesos contemporáneos son agentes territorialmente basados en espacios

sociales específicos, marcados por las relaciones sociales de las que participan localizadamente, lo cual no es invalidado por el hecho de que además sostengan prácticas transnacionales que a su vez marcan sus experiencias y discursos. La cuarta constante entre este tipo de discursos es que suelen representar la globalización como si ésta fuera un fenómeno ajeno a las relaciones de poder y a las posiciones en las mismas de diversos actores sociales. Por último, suelen representar la globalización como productora exclusivamente de homogeneización, particularmente cultural. Ello desestima la importancia tanto de procesos de diferenciación, como de otros procesos que promueven de manera combinada homogeneización y diferenciación —fenómenos complejos que han sido documentados y teorizados por diversos autores (por ej.: Appadurai 1990, 1999; García Canclini, 1990, 1995, 1999a, 1999b; Mato, 1995, 1996, 1997b, 1999a; Weiss, 1999; Yúdice, 1999; entre otros).

Creemos que la aproximación al tema demanda perspectivas y categorías analíticas que permitan explicar cómo operan los cambios y transformaciones en el complejo mundo contemporáneo. Por ello, frente a la preeminencia de esos tipos de representaciones de la globalización, vista como fenómeno unitario y relativamente autónomo de las prácticas de los actores sociales, y que suelen circular en los medios de difusión masiva y en los discursos de políticos y empresarios nos parece conveniente no limitarnos a criticar estos discursos. Queremos contribuir además a elaborar una perspectiva analítica alternativa. Con tal fin en la próxima sección nos proponemos sistematizar algunas proposiciones teóricas que a nuestro juicio resultan fértiles para el análisis de transformaciones sociopolíticas en el marco de los presentes tiempos de globalización. Así, procuraremos integrar algunas perspectivas que sin reducir la complejidad de estos procesos a explicaciones monocausales, no obstante, ponen de relieve la importancia de los aspectos culturales de las prácticas de actores sociales significativos.

Hacia una perspectiva analítica en desarrollo

En vista de los problemas esbozados, nos parece necesario caracterizar algunos elementos que en nuestra opinión nos ayudarían a desarrollar una “aproximación analíticamente fértil al estudio de la globalización” (Mato, 1999b). Intentaremos avanzar hacia ella articulando aportes de varios autores.

Para comenzar, como lo afirmáramos más arriba y como lo hemos argumentado también en el estudio introductorio del volumen colectivo que precede al que el lector tiene en sus manos (Mato 1996a), creemos que es posible proponer una perspectiva que ponga de relieve los aspectos culturales en el análisis de los procesos de globalización. No pretendemos que tal perspectiva representaría de manera “objetiva” tales procesos, ya que consideramos que tal “objetividad” no es posible, ni desde ésta ni desde ninguna otra perspectiva analítica. Sino y simplemente que tal tipo de perspectiva puede proveer interpretaciones potencialmente fértiles de tales procesos. Al privilegiar esta manera de mirar los cambios que ocurren en la totalidad compleja es posible mostrar cómo inciden y participan en los procesos de globalización un sinnúmero de actores sociales poco visibles cuando estos procesos son interrogados, por ejemplo, desde una perspectiva exclusivamente económica, política o tecnológica. Y es por esto precisamente que la calificamos de fértil, porque abre nuevas vías de análisis, y con ellas muestra nuevas posibilidades de intervención a actores sociales que impulsan transformaciones orientadas al logro de mayor justicia social y democracia.

Como sostienen algunos autores (véase por ej.: García Canclini, 1999a; 1999b) los procesos globales —y las imágenes que los representan— si bien se constituyen por la circulación cada vez más fluida de capitales, bienes y mensajes, también se constituyen por variadas modalidades de circulación de las personas. Analizar la dimensión cultural de los procesos de globalización permite mostrar cómo estos procesos son consecuencia de acciones humanas. En la medida en que se hacen visibles los actores que toman decisiones y provocan efectos, la globalización deja de ser un juego anónimo de fuerzas del mercado: la incorporación de los actores sociales, personas o grupos, a la teoría social permite conce-

bir la globalización de otras y más fructíferas maneras (García Canclini, 1999b: 56).

Recuperar la visibilidad de los actores sociales para la discusión sobre los procesos sociales que tienen lugar en el mundo contemporáneo resulta valioso para el diseño de políticas, programas y estrategias por parte de los actores sociales involucrados en y afectados por las transformaciones sociales en curso en América Latina en el contexto de estos tiempos de globalización. Pero algo más, para alcanzar tal fertilidad en lo social es menester que la aproximación en cuestión resulte, ante todo, fértil desde un punto de vista analítico. Entendemos que una perspectiva es analíticamente fértil, cuando en lugar de cerrar las posibilidades de interrogación, y por tanto de investigación, las abre; y algo muy importante, que las abre con un interés particular: el de estudiar las transformaciones culturales y sociales contemporáneas en la perspectiva de facilitar las posibilidades de intervenir en esas dinámicas sociales (Mato, 1999b).

Por comodidad expositiva, para articular los enfoques de distintos autores, tomaremos como punto de partida algunas ideas desarrolladas por uno de los coautores de este texto. Así, retomaremos en primer lugar las propuestas desarrolladas por Mato en estudios precedentes y las iremos integrando y reelaborando a partir de las contribuciones de otros autores. Veámos entonces cuáles serían algunos de los elementos más importantes que, en opinión de este autor (por ej.: en Mato 1999b), facilitarían una aproximación analíticamente fértil al estudio de la globalización que nos parece pertinente retomar para elaborar la presente propuesta:

a) Entre las numerosas aplicaciones corrientes del vocablo “globalización” es posible observar un elemento subyacente común. Este elemento común es la idea de que para los habitantes del planeta éste habría devenido —o estaría deviniendo— un lugar único, lo cual se expresa, por ejemplo, con metáforas como la de la “aldea global”, o que la relevancia de las restricciones de espacio y tiempo ceden, pierden importancia, u otras semejantes. En conexión con esto podríamos acordar que la idea de globalización suele relacionarse con la existencia, desarrollo y/o intensificación de interconexiones de alcance planetario.

b) Tal estado de interconexión, aunque notablemente avanzado, no es un fenómeno acabado sino en desarrollo, pero además la historia de estas interconexiones es muy antigua. Si se intentara datar la historia de estas interconexiones algunos seguramente pensarán en el así llamado “descubrimiento de América”; otros en los más antiguos lazos entre Europa y Asia. Pero lo cierto es que desde este punto de vista todos los imperios y federaciones de pueblos de la antigüedad en todos los continentes también supusieron avances hacia la interconexión planetaria, y en este sentido hacia la globalización. Lo importante no es datar el inicio de eso que llaman globalización, sino comprender que se trata de un fenómeno inacabado y muy antiguo, es decir de una *tendencia histórica*. Aproximarnos al estudio de eso que se ha dado en llamar globalización de esta manera permite que nos formulemos una pregunta de investigación potencialmente muy fértil: ¿Qué sentido tiene que en la actualidad se hable y escriba tanto sobre la globalización? Pero antes de intentar responderla es necesario introducir otros elementos.

c) Si caracterizamos a eso que se ha dado en llamar globalización como una *tendencia histórica*, entonces es necesario especificar una tendencia a qué. Consistentemente con lo planteado, puede decirse que es un *tendencia histórica a la interconexión entre actores sociales geográficamente distantes y anteriormente no vinculados*. ¿En qué consisten esas interconexiones? Se trata de interconexiones múltiples que los actores sociales construyen a través de sus prácticas sociales. Y como hay una variedad infinita de actores y prácticas sociales, entonces resulta que estas interconexiones históricamente resultan multidimensionales, es decir, involucran lo que suelen llamarse las dimensiones “económica”, “política”, “cultural” y “social”. Esta multidimensionalidad no debería sorprendernos puesto que —como sabemos— estas dimensiones sólo constituyen parcelamientos analíticos de la experiencia humana y no esferas separadas de la misma.

d) Si aceptamos que las interconexiones surgen de las prácticas sociales de los actores, entonces eso que llaman *globalización*, es decir *la tendencia histórica a la interconexión*, es el resultado de procesos sociales en los cuales los actores se forman, transforman, colaboran, entran en conflictos, negocian etc.

e) Un detalle importante, para ir precisando el sistema de categorías propuesto, es que desde que comienzan a existir los estados nacionales puede decirse de esas relaciones entre actores que ellas habrán de ser internacionales o transnacionales, dependiendo de quienes sean los actores involucrados. Serán relaciones internacionales si quienes las sostienen son los gobiernos, asumiendo que éstos al hacerlo representan a las naciones o sociedades nacionales en su conjunto aún cuando tal representatividad es objeto de disputas (véase por ej: Mato 1995, 1996a, 1997b). Y si entre quienes las sostienen hay algunos actores no gubernamentales, entonces esas relaciones podrían llamarse —como en efecto suele hacerse— transnacionales. Así, podemos decir que esas interconexiones resultantes de procesos sociales suponen el desarrollo tanto de *relaciones internacionales* como de *relaciones transnacionales*.

f) Ahora sí, retomemos la pregunta que quedó pendiente, aquella acerca de que si la tendencia a la globalización es un fenómeno tan antiguo, entonces por qué en la actualidad se habla y escribe tanto sobre la globalización. Que se hable y escriba tanto sobre la globalización prueba de manera ineludible una sola y muy importante cosa: que el tema está en las conciencias de numerosos individuos a lo largo y ancho del globo. En otras palabras, sólo prueba que existe una *conciencia de globalización*. La existencia de esta *conciencia de globalización* es sumamente significativa independientemente de cualquier consideración acerca de si ella podría calificarse de “falsa” o “verdadera” —disquisición que carece de importancia para el presente análisis—. Lo importante del caso para nuestro análisis es que esa *conciencia de globalización* es un fenómeno tan generalizado que numerosos actores sociales a lo largo y ancho del planeta desarrollan sus prácticas sociales en el marco de esa conciencia. Aunque sumamente generalizada, no por ello es homogénea. Podemos diferenciar entre *distintas formas de esa conciencia de globalización*, *distintas formas de representarse* y *representar la globalización*, como por ejemplo aquellas que pueden llamarse “apologéticas” y aquellas otras que pueden denominarse “demonizadoras”, ya que estas distintas formas dan sentido a diferentes prácticas (véase Mato 1999b).

g) La existencia de *diversas formas de conciencia de globalización*, constituye el rasgo más distintivo del presente histórico, al cual por esta

razón parece pertinente denominarlo *tiempos de globalización*. (Mato, 1996a)

h) El segundo rasgo distintivo del presente histórico, es decir de estos *tiempos de globalización*, es que las *interconexiones* de las que venimos hablando *por primera vez en la historia tienen un alcance casi-planetario*. Y esto se debe a varios factores: al alcance casi-planetario del sistema de producción e intercambio de mercancías; a la creciente difusión y utilización de ciertas tecnologías comunicacionales; al *casi-fin* de los imperios coloniales y de la división del planeta asociada a ellos; al *casi-fin* de la “guerra fría” y de la división del planeta asociada a ella; y al creciente desarrollo de organizaciones inter- y trans-nacionales ⁽¹⁾

i) El creciente desarrollo de organizaciones internacionales y trans-nacionales es muy importante y constituye el tercer rasgo distintivo de estos tiempos de globalización. Estas son organizaciones que desarrollan sus prácticas más allá de los llamados espacios nacionales. Se trata de organizaciones cuyos objetivos son las interconexiones, y cuyo desarrollo es expresión de la mencionada conciencia de globalización, y viceversa. Conviene aclarar que hablamos de “nuevas” organizaciones y de su creciente desarrollo, porque organizaciones de este tipo han existido desde hace siglos, aún cuando las de otros tiempos estaban específicamente dedicadas a la religión, a la guerra, al comercio (legal o ilegal), etc. Sin embargo, hay cambios importantes, ahora no sólo hay muchas más y cada vez más, sino que además las hay en prácticamente todos los ámbitos de la actividad humana.

La aproximación aquí propuesta, Mato la califica como analíticamente fértil y la caracteriza a través de los nueve elementos claves antes enumerados. Ella posibilita el estudio de los procesos de globalización contemporáneos de maneras que, al centrarse en las prácticas de los actores sociales, permiten superar los señalados problemas de fetichización de la globalización. Con esta perspectiva, focalizada en el estudio de las prácticas de los actores, que Mato llama “*microfísica de los procesos de globalización*”, este autor ha estudiado aspectos específicos de diversas dinámicas sociales contemporáneas (véase por ej.: Mato 1995, 1997b,

1997c, 1998, 1999a, 1999c). Con esta denominación ha procurado enfatizar la necesidad de estudiar los detalles de cómo se dan estos procesos que globalizan, es decir que crean, extienden y/o intensifican las interconexiones a nivel planetario, a los cuales por eso ha llamado *procesos de globalización* (en plural).

Hacer una “*microfísica de los procesos de globalización*” implica, entre otras cosas, analizar cómo estos procesos resultan de las interrelaciones entre actores sociales específicos provenientes de o asentados en diversos espacios: transnacionales, nacionales o locales y sus respectivos sistemas de representaciones y las prácticas asociadas a ellos (véase por ej.: Mato, 1995, 1996a, 1996b, 1997a, 1997b, 1999a, 1999c). Pero esta estrategia de análisis no es exclusiva de Mato. Aún sin utilizar esa denominación, diversos trabajos de varios autores ilustran la aplicabilidad y fertilidad analítica del estudio de casos de interrelaciones transnacionales entre las prácticas de los actores como aproximación metodológica (véanse por ej.: Agudo, 1999b; Escobar, 1996; Weiss, 1999; Yúdice, 1999; entre otros). Vistos estos trabajos en conjunto es posible apreciar cómo ellos desafían y trascienden las clasificaciones convencionales que dicotomizan los espacios sociales en “tradicionales” o “modernos”; “indígenas” o “criollos”; “urbanos” o “rurales”, y más recientemente “globales” o “locales”. Desafiar las conceptualizaciones preconstruidas es una de las ventajas que se le atribuye a estos tipos de estudios de casos como modalidad del análisis pormenorizado de las interconexiones transnacionales. De esta modalidad de estudio destaca García Canclini sus propiedades “ejemplares” y “estratégicas”. Este tipo de estudios de casos ayudan a recrear los modos de pensar y permiten configurar nuevas lecturas -desde el trabajo teórico- sobre los materiales empíricos (García Canclini, 1999b:49).

Este tipo de estudios permiten proponer y poner a prueba nuevas categorías analíticas. En el caso de Mato nos parecen especialmente útiles para el propósito del presente texto aquellas que dan cuenta de la diversidad de actores sociales que participan en los procesos de globalización. La tipología que ha elaborado consta en principio de cuatro grandes tipos de actores: a) *los actores nacionales*, individuos u organizaciones cuyas prácticas se desenvuelven regularmente en el marco

de sociedades nacionales, aunque ocasionalmente desarrollan y mantienen relaciones con actores sociales de fuera; b) *los actores locales*, los cuales pueden ser vistos como una subclase de los nacionales, cuyas prácticas se concentran en la misma localidad que les sirve de base, aunque, como los anteriores, ocasionalmente desarrollan y mantienen relaciones con actores sociales de fuera; c) *los actores transnacionales* aquellos que aunque basados en algún espacio territorial específico (en el cual se definen políticas y programas) regularmente desarrollan sus prácticas a través de las fronteras nacionales de diversos países; y d) *los actores globales*, una subclase de los transnacionales que se compone de actores cuyas prácticas son desarrolladas regularmente, no sólo transnacionalmente, sino al menos tendencialmente a nivel mundial (Mato, 1997a). De manera más específica aún, también basándose en estudios de casos, el autor tipifica diez clases más de actores sociales diferentes, según los alcances de sus prácticas, el tipo de funciones sociales, etc., en una clasificación abierta que puede ser enriquecida en base a otros estudios de casos (Mato, 1997a).

Este diversificado conjunto de categorías analíticas nos permite examinar *cómo y a través de las prácticas de cuáles actores* se dan los procesos de globalización. Pero además nos orienta en el estudio de la direccionalidad de las prácticas de los actores sociales, particularmente, cuando ellos participan de entramadas redes de interconexiones.

El sistema analítico al que nos estamos refiriendo se inscribe en una comprensión multivectorial de los procesos de cambios culturales y sociopolíticos actuales, dentro de la cual es posible, no obstante, encontrar algunas regularidades. En opinión de otros autores las interacciones propias de los procesos de globalización no son indiscriminadas: los flujos de interconexiones tienen *direcciones y escenarios preponderantes* (Hannerz 1996). En opinión de Mato, dichas interacciones no son “desterritorializadas”: aunque la trans-nacionalidad —conceptualmente hablando— implica trans-territorialidad, las agendas y acciones de los actores sociales que impulsan determinadas prácticas transnacionales pueden responder a razones locales aunque las acciones sean de amplio alcance. Así lo ilustra este autor a través de algunos estudios de redes transnacionales (Mato, 1997c:10). Es a esto último a lo que se refiere

Boron cuando plantea, respecto de las corporaciones transnacionales, que aquellas que son realmente exitosas operan desde, y con la protección de una base nacional en la cual se encuentran sólidamente arraigadas y protegidas. Ello lo lleva a afirmar que los avances en la globalización de la economía capitalista han sido en gran parte consecuencia de políticas estatales que responden a los intereses de las coaliciones dominantes de los países centrales hegemónicas por el capital financiero (Boron, 1999:149).

Lo anterior, aunado a la fluidez con que circulan hoy sujetos sociales, bienes y mensajes, nos sirve para interrogarnos acerca de las relaciones (de reacomodo, de transformación, etc.) entre “centros” y “periferias”. De este asunto y su relación con los aspectos antes mencionados intenta dar cuenta Appadurai mediante el estudio de lo que denomina *translocalidades*. Mediante esta categoría el autor se refiere a los espacios de circulación que hoy se constituyen como formas emergentes de organización humana por encima de los estados y soberanías nacionales (1999: 112).

La perspectiva analítica desarrollada por Mato en sucesivas publicaciones, que veníamos comentando, está orientada por cinco criterios generales. Primero, un enfoque multidimensional que articula aspectos convencionalmente autonomizados como culturales, políticos y/o económicos. Segundo, el énfasis en el estudio de las prácticas de actores sociales específicos en la producción de redes de interconexión a partir de los cuales se definen los procesos de globalización. Tercero, la clarificación de que tales procesos, aún cuando se desarrollan a través de los límites geográficos territoriales de los estados, se relacionan con formas de interpretación y simbolización de la experiencia (representaciones sociales) que estos actores sociales producen de forma preferencial en relación a espacios territoriales específicos. Cuarto, que, dada la heterogeneidad de los actores y de sus vínculos con los espacios sociales en los cuales actúan, las diferencias en términos de relaciones de poder constituyen un importante factor para el análisis de sus prácticas en el contexto de las redes de interconexión de las que participan. Quinto, que si bien es cierto que los procesos de globalización exhiben tendencias hacia la homogeneización, de igual manera, generan formas de

diferenciación social, cultural política y económica. Como veremos a continuación, la perspectiva propuesta por Mato es convergente y articulable con otras perspectivas recientes. Así, en las próximas páginas procuraremos articular esta y esas otras perspectivas con el propósito de contribuir al desarrollo de una interpretación analítica de mayor alcance.

Multiculturalidad e interculturalidad en los nuevos espacios socioepistemológicos.

Escobar (1995:225) denomina “nuevos espacios socioepistemológicos” a aquellos espacios que se distinguen por la elaboración de marcos interpretativos que se distancian de las “epistemologías centro/periferia”. Es decir, que permiten la aparente organización de las sociedades a partir de supuestos dominios naturales y autónomos, entre los cuales el económico tiene un lugar hegemónico. Para Escobar, se hace impostergradable la necesidad de invertir la tendencia a representar las instituciones económicas, y las relaciones que de ellas derivan, como elementos separados de otras relaciones sociales. Por ello es partidario de las perspectivas que, entendidas como “críticas, intelectuales y políticas”, buscan alternativas a las grandes narrativas modernas y cuyas bases epistemológicas residen en la comprensión de la economía -no como dominio autónomo- sino como forma cultural.

Escobar ensaya y propone lo que el denomina una *antropología de la modernidad*, cuyas tareas fundamentales serían, por un lado, la crítica de la economía -incluida la economía política- como estructura fundacional de la modernidad; y por el otro, la crítica de las creencias y “cuentos” sobre el mercado, la producción y el trabajo. Desde esta perspectiva, es posible mostrar cómo la “economía occidental” se construye a partir de un particular conjunto de discursos y prácticas; y cómo puede ser entendida como una institución que se compone de tres sistemas o formas culturales (producción, poder y significación) a través de los cuales los seres humanos se constituyen como sujetos productivos. Escobar explica que con esta orientación se propone trastocar lo que él denomina las prácticas del eurocentrismo (Escobar, 1995:59).

La propuesta de Escobar es, en este sentido, comparable a la de García Canclini, cuando éste sostiene que con su aproximación se propone contribuir a la reconquista del poder frente al fatalismo de las narrativas economicistas de la globalización y la naturaleza anónima y translocalizada que oculta a sus sujetos (1999b). Así, las propuestas de Escobar y García Canclini resultan además convergentes con las de Coronil, Mato y Mires. Con la de Mato, en tanto éste presenta una crítica a la «fetichización de la globalización» señalando la existencia de discursos que ya sea demonizándola o haciendo su apología imaginan la globalización como si ésta fuera un demiurgo, a la vez que subordinan a ella las prácticas de los actores sociales propiamente dichos (1999b). Con la de Mires, cuando este autor critica la “metafísica globalista”, por cuanto ésta conduce a imaginar la desaparición del espacio de la política y, consecuentemente, el lugar de la democracia en el mundo contemporáneo (1999). Ello se debe, sostiene Mires, a que a la globalización se la representa, no como un proceso ni como un campo de interacción política, económica o cultural, sino como un “ser” inmutable cuya existencia, más allá de todo tiempo y lugar, determina de manera absoluta el destino de los habitantes de la Tierra. La idea de que la globalización misma “derroca dictaduras, impone democracias; derroca democracias y se introduce ella misma para gobernar políticamente” (Mires, 1999:173) se articula al conjunto de factores que dan forma a lo que identifica como «globalcentrismo». Es decir, el conjunto de narrativas que promueve la exclusión de amplios sectores de la población mundial, ya no sólo en términos de su ubicación territorial, sino en función de sus vínculos con el mercado internacional (Coronil, 1998).

Volviendo a Escobar, es por lo antes expuesto que en el contexto de la antropología de la modernidad, este autor nos propone trabajar en una *antropología de la globalización*, cuya misión sería identificar tanto los “discursos de la diferencia” socialmente significativos (culturales, ecológicos, económicos y/o políticos), como las formas en que ellos pueden operar como “discursos de articulación de alternativas” ante las tendencias homogeneizadoras de la economía de mercado (Escobar, 1998:22).

Creemos que esta “diferencia” sobre la cual se construyen los “discursos de articulación” a los que se refiere Escobar es análoga a

aquella sobre la cual se sustenta el concepto de *multiculturalidad* elaborado por García Canclini. Para este autor la “diferencia” no se inscribe dentro de un sistema de *oposiciones opcionales*. Se trata, de una diferencia en constante deslizamiento dentro de otra(s), lo que, a su vez, reafirma una propiedad irreductible de lo que este autor entiende por *hibridación*. A saber, la que hace que los sujetos puedan hablar desde más de un lugar a la vez (García Canclini, 1999b:114). “Conversaciones” llama Escobar a estos deslizamientos en las fronteras de la diferencia (1995) y “translocalidades” denomina Appadurai a estos nuevos espacios de fronteras móviles, en continuo desplazamiento (1999).

Poner al descubierto el carácter construido de la economía como dominio autónomo de la vida social, y develar como éste opera como recurso de poder constituyen el vuelco epistemológico del programa teórico de Escobar. De ahí que nos proponga como tareas, dentro de estas nuevas vertientes de la antropología, en primer lugar, investigar sobre la articulación de las “conversaciones” locales y céntricas del mundo contemporáneo. Al respecto abunda también García Canclini cuando nos dice que dejar hablar a los actores desde sus peculiares experiencias de la *interculturalidad transnacional* puede contribuir, ya no sólo a reconquistar el poder frente al fatalismo predominante de los economistas, sino que como consumidores nos puede ayudar a reinventar la manera de ser ciudadanos (1999b: 56). Pero Escobar nos propone además investigar sobre las relaciones entre las prácticas institucionales y sus efectos en el mundo. Es decir, estudiar cómo tales prácticas contribuyen a la estructuración de condiciones bajo las cuales la gente piensa y vive sus vidas. La “etnografía institucional” es la estrategia que propone Escobar a tales fines (Escobar, 1995: 107).

Muy en sincronía con la microfísica de los procesos de globalización propuesta por Mato y el estudio de casos “ejemplares” y “estratégicos” de los cuales nos habla García Canclini, la *etnografía institucional* que propone Escobar implica, entre otras cosas, analizar el complejo entramado, o *estado de hibridación* por el que se definen los espacios del mundo contemporáneo. Señala que en estos espacios se verifica la coexistencia o copresencia de una gran variedad de “modelos culturales” locales y céntricos. A esta heterogeneidad de modelos

occidentales y no occidentales, del presente y del pasado, modernos y tradicionales se refiere Escobar cuando nos dice que la *hibridación cultural* deriva de realidades negociadas en contextos modelados por las tradiciones, el capitalismo y la modernidad (1995). Así, nuevamente podemos señalar convergencias significativas entre las formulaciones teóricas que venimos comentando, toda vez que esta idea de hibridación resulta muy semejante a la propuesta por García Canclini (1990).

En el contexto de las propuestas de *microfísica de los procesos de globalización* y de la *etnografía institucional* cobran relevancia otras categorías analíticas. Nos referimos, por ejemplo, a los “regímenes de representación” en el caso de Escobar y las “representaciones sociales” en el de Mato. En este último caso, se trata de formas de percepción, interpretación y simbolización de aspectos de la experiencia que producen los actores sociales (individuales y colectivos) en su participación en la vida social; es decir, en sus relaciones (de colaboración, conflicto o negociación) con otros actores. Mato sostiene que estas representaciones sociales resultan significativas porque orientan las prácticas sociales de los actores, sus maneras de participar en los procesos sociales, las cuales a su vez inciden en sus representaciones (1999c).

Basándose en estas ideas Mato avanza en el estudio de algunos sistemas particulares de representaciones sociales que considera especialmente significativos en estos tiempos de globalización. Señala algunos conjuntos de representaciones que juegan papeles importantes en hacer posible la existencia y acción social de ciertas redes de relaciones transnacionales específicas. En esta línea, Mato estudia casos de actores y redes relacionados con representaciones de *sociedad civil-democracia-ciudadanía*; y de *identidades étnicas-medio ambiente-biodiversidad* (véase por ej.: Mato 1995, 1996b, 1997b, 1997c, 1998, 1999a, 1999c). Como veremos a continuación, distintos aspectos de esta última trilogía son examinados más en profundidad por Escobar en el contexto de lo que denomina “regímenes de representación”.

La idea de regímenes de representación procura dar cuenta de las condiciones, históricamente vistas, de producción de la experiencia, de su relación con las prácticas de los actores sociales (individuales/o institucionales) y de sus efectos en la construcción de la realidad. Según

Escobar (1995) alrededor de estos factores tienen lugar la pugna y/o resolución de las tensiones y conflictos propios de los procesos de homogeneización y diferenciación contemporáneos. La idea de regímenes de representación le permite a Escobar hacer visibles distintos estratos de las prácticas y aparatos institucionales (sus cambios, mutaciones, transformaciones y/o ajustes) que han hecho posible la construcción del “discurso del desarrollo” y, concomitantemente, la construcción física y simbólica del “Tercer Mundo”. Este conjunto de prácticas y aparatos institucionales han afectado las prácticas de diversos actores. Tal es el caso, por ejemplo, de algunos actores cuyas prácticas sociales se han organizado significativamente alrededor de la idea de biodiversidad, su reproducción y su conservación. A objeto de continuar avanzando en nuestra propuesta, de señalar convergencias e integrar puntos de vista, conviene señalar que esta idea también es objeto de las investigaciones de autores como Corry (1993); Carr, Pedersen y Ramaswamy (1993); Brysk (1994), y Conklin y Graham (1994) quienes dan cuenta de diversos procesos que gravitan en torno a relaciones entre ideas de etnicidad, ambiente y poder.

A propósito de los proyectos de protección de la biodiversidad en marcha en Colombia, Escobar señala que son numerosos los movimientos populares que han emergido en los espacios del Tercer Mundo en oposición a las prácticas y efectos del discurso del desarrollo (1995: 205). Ellos pertenecen a una nueva forma de acción colectiva y de movilización social, ya que se trata de actores sociales que están conscientes de las consecuencias de involucrarse en prácticas que contribuyen significativamente a cambiar el carácter de la política y las prácticas culturales locales y globales. Estas movilizaciones colectivas, marcadas por un sinnúmero de nuevas relaciones, ponen de relieve la coexistencia de diferentes temporalidades culturales: formas premodernas, postmodernas, modernas e incluso antimodernas (Escobar 1995, 218).

Estos nuevos sujetos y nuevas relaciones participan de lo que García Canclini (1999a, 1999b) denomina *nuevos espacios de intermediación cultural y sociopolítica*, o de lo que Yúdice (1997) y Mato (1996b, 1997b, 1998) llaman *intermediación cultural transnacional*. Estas conceptualizaciones procuran dar cuenta de la emergencia y/o redefinición de un

amplio y diverso conjunto de actores sociales que se caracterizan por su flexibilidad. Son actores que se ubican entre lo global y lo local, el centro y la periferia, el norte y el sur, entre los organismos internacionales y los ciudadanos, las empresas y sus clientes. Ellos se manejan en varias lenguas; son expertos formados en códigos de diferentes etnias y naciones; pueden ser funcionarios, promotores culturales y/o activistas políticos entrenados para desempeñarse en diversos contextos. Lo cierto es que estos nuevos actores sociales se organizan, a través de redes, para dedicarse a la “negociación de la diversidad” (García Canclini, 1999b: 27).

Todos estos factores posibilitan la invención de nuevos lenguajes y/o sistemas interpretativos, favoreciendo de esta manera la reconceptualización de un buen número de visiones establecidas. Entre ellas, cabe mencionar la comprensión de las así llamadas “culturas tradicionales” a la luz de complejos procesos de invención que atraviesan las fronteras de clase, étnicas y nacionales (Escobar 1995: 219). Al argumentar al respecto Mato no sólo cuestiona las etiquetas de «popular» y «tradicional» que suelen acompañar a la palabra «cultura», sino que critica la cosificación misma de la idea de cultura, y prefiere hablar de representaciones de identidad y de lo cultural como perspectiva analítica (Mato 1995, 1996a). Appadurai elabora sobre lo problemático del sustantivo “cultura” y se inclina por la forma adjetival “cultural” que apunta más al mundo de las diferencias, contrastes y comparaciones (Appadurai, 1996:12). De manera convergente, García Canclini critica la concepción compartimentada de culturas, como unidades separadas y diferenciadas, para dar paso a una concepción de la cultura como espacio para la *interlocución* con aquellos con los que se está en conflicto o se buscan alianzas (García Canclini, 1999b:115). De la misma manera, dinamizada por estos procesos, este autor critica la idea de identidad como narración ritualizada para oponerle la de un relato que se reconstruye incesantemente, que se reconstruye con los otros (García Canclini, 1995:130); planteamiento que resulta convergente con los elaborados por Mato a través de algunos estudios de casos (por ej.; Mato 1995, 1997b, 1998)

Sobre las ideas de espacio y lugar

La noción de “lugar” adquiere particular relevancia como unidad de análisis dentro del programa teórico de Escobar, y lo adquiere en relación a los procesos de reconfiguración de las identidades y en concordancia con la “antropología de la modernidad”. En su opinión, dicha noción ha estado ausente, en general, entre los teóricos de la globalización y en el seno de los debates en ciencias sociales. Sostiene que su generalizada omisión ha servido para construir categorías “sin lugar” hoy resignificadas a la luz de aquellas que han venido dando cuenta de la relación entre lugar y movilidad: desterritorialización, desplazamiento, diáspora, migraciones, pobladores de frontera, etc. son algunas de ellas (Escobar, 1998). Convergentemente, y basándose en la relación entre lugar y movilidad Appadurai nos habla de la construcción de “cartografías posnacionales” emergentes, articuladas a través de diferentes tipos de translocalidades o “capitales posnacionales” (Appadurai, 1999: 119).

En el contexto de las tendencias en oposición que caracterizan a estos tiempos de globalización “la defensa del lugar” cobra relevancia, dentro de las nuevas interpretaciones analíticas en desarrollo, porque permite poner de relieve no sólo el carácter históricamente construido del espacio sino, además, la necesidad de dar cuenta tanto de los procesos de construcción de éste, como de las formas en que la circulación global de sujetos sociales, de bienes materiales y simbólicos participan de dichos procesos. Así, la estrategia analítica que propone Escobar encuentra significativas inserciones dentro de la crítica, por ejemplo, a la noción de cultura como totalidad discreta, cerrada e integrada, la cual ha servido tradicionalmente como base de las políticas en la construcción de las identidades esencializadas; es decir como legados naturales y no como representaciones históricamente construidas. Ello nos remite, entonces, a los múltiples vínculos entre identidad, lugar y poder. Vínculos que hacen posible que nos interroguemos en torno a las relaciones entre espacio/tiempo, cultura y poder desde la perspectiva de la transnacionalización de procesos de producción cultural y sociopolíticos (véase Agudo, 1998a, 1998b, 1999, 2000).

Debido a que los vínculos entre identidad, lugar y poder se hacen crecientemente notables en las narrativas sobre la globalización nos parece oportuno examinar cómo la interpretación de los mismos varía entre diferentes narrativas.

Por un lado tenemos que las narrativas que se refieren a “la globalización” como un proceso singular promueven la idea de la unificación mundial de los espacios sociales mediante determinantes económicas o tecnológico-comunicacionales. La globalización en estos términos no es otra cosa que la resignificación de los viejos principios universalistas a partir de los cuales la multiplicidad es subsumida en la unidad. Ello se explica, como nos lo refiere Escobar, a partir de una singular asimetría; a saber, aquella en la que “lo global” se hace equivalente *al espacio, el capital y la historia*, mientras que “lo local” correspondería *al lugar, al trabajo y a la tradición* (1998:1). Este tipo de asimetría constituye la relación global-local como una oposición y nos coloca en el centro de lo que García Canclini ha calificado de ser un falso dilema: o nos globalizamos o defendemos la identidad (1999b:68).

Frente a este falso dilema, el tipo de discursos que venimos criticando postula la inevitabilidad de los procesos homogeneizadores y la construcción de una *identidad global*, posible entre otros factores mediante la construcción de *un solo espacio*: planetario y supranacional. Como sostiene Escobar, el dominio de *el espacio* sobre *el lugar* ha operado como poderoso recurso epistemológico del eurocentrismo en la construcción de la teoría social (1998:3); y el discurso de la globalización al cual nos estamos refiriendo es su subproducto y subsidiario.

Aún y cuando resulta difícil obtener consenso popular para cambios en las relaciones de producción, intercambio y consumo que suelen desvalorizar los vínculos de las personas con su territorio nativo (García Canclini, 1999b: 22), Escobar nos demuestra con su trabajo sobre el discurso del desarrollo (1995) cómo han operado en la práctica la asimetría entre espacio y lugar y el dilema que de ella deriva. En los espacios del “Tercer Mundo” *el lugar* ha sido y tiende a ser progresiva e intensivamente suprimido. Tornándosele invisible, toda experiencia individual o colectiva, definida a partir de su implantación en un sitio particular y por sus nexos cotidianos dentro de él, es subsumida dentro

del proceso de homogeneización espacial que -como construcción del espacio contemporáneo— promueve el tipo de discurso que venimos criticando.

Es decir, que la supresión de *el lugar* torna invisibles los procesos de construcción y re-construcción de modelos culturales específicos y elimina los espacios de interlocución e intermediación que estudian, por ejemplo, Mato, Yúdice y García Canclini, a la vez que tiende a contener los movimientos translocales que analiza Appadurai. Asociando “el lugar” a formas tradicionales, como mecanismo de esencialización identitaria, operan las relaciones de poder en la construcción desigual y jerarquizada del espacio en el nuevo orden global.

Por otro lado tenemos que los discursos sobre la globalización que enfatizan las tensiones entre lo múltiple y lo unitario, en tanto ejes alrededor de los cuales gravita la emergencia de una “nueva consciencia espacial” ponen de relieve la copresencia de los flujos de interconexión que tienen lugar entre lo global y lo local, entre “lo moderno” y “lo tradicional”, entre el espacio y el lugar (Poche 1992; Gupta y Ferguson 1992; Appadurai 1996, 1999). Así, a la par de los procesos de construcción de los “espacios imaginados” que se rigen por la lógica del mercado y el desarrollo de las nuevas tecnologías están aquellos procesos que obedecen a lealtades pluralmente diferentes. Sean estas lealtades religiosas, raciales, lingüísticas, etc., ellas trascienden las fronteras de las entidades espaciales que son entendidas como unidades fijas, pasivas y estables.

Desde esta perspectiva, Gupta y Ferguson sostienen que ya no se trata de asumir las identidades de pueblos y comunidades como algo autónomo o primigenio, sino de examinar cómo éstas han devenido en lo que son como resultado de las interconexiones espaciales que siempre han operado en dichos procesos. En torno a la complejidad de estas dinámicas abunda García Canclini cuando argumenta acerca de cómo la globalización nos confronta con la posibilidad de aprehender fragmentos de otras culturas, nunca la totalidad, y reelaborar lo que veníamos imaginando como propio, en interacciones y acuerdos con otros, aunque nunca con todos (1999b:115).

Pero volviendo a Gupta y Ferguson, la relación entre espacio y lugar cristaliza, si comprendemos que las interconexiones, a su vez, se rigen por relaciones de poder jerárquicamente distribuidas en el espacio. Si tomamos en cuenta que las nociones de localidad o comunidad se refieren tanto a un espacio físicamente demarcado como a un conjunto de interacciones, es posible ver que la identidad de lugar emerge, con su construcción cultural de comunidad o localidad, por su interacción y participación dentro de un sistema de espacios jerárquicamente organizados (1992:8)

Se trata, pues, en este caso de un discurso que, como hemos dicho, propone nuevas cartografías. Si bien algunas de ellas se inscriben en marcos de referencias postnacionales (Appadurai, 1996; 1999), y otras dentro de marcos referenciales postmodernos (Larochelle, 1992; Yúdice 1993, 1995), lo significativo es que ellas tienen en común la recomposición de los espacios mundiales. En el marco de esta recomposición, las identidades comienzan a estar, si bien no plenamente desterritorializadas, al menos sujetas a nuevas territorializaciones (Gupta y Ferguson, 1992:9), o como lo afirma Appadurai, sujetas a formas diversas de reterritorialización (1999:121).

En sincronía con los planteamientos anteriores, la valorización de la idea de “lugar” tal y como la propone Escobar también busca examinar las nuevas formas de reconcebir y reconstruir el mundo. Estas formas, tomando en consideración un conjunto diverso y plural de prácticas locales o “prácticas de lugar”, nos permiten aproximarnos a una crítica del poder y la hegemonía, sin esencializar o idealizar dichas prácticas. Se parte de la comprensión de que ellas están imbricadas en los circuitos y flujos que definen las dinámicas y procesos de cambio en tiempos de globalización. Más que enfrentar identidades esencializadas a la globalización (oposición global-local), se trata de indagar si es posible instituir sujetos en estructuras sociales ampliadas (García Canclini 1999b:27).

La unidad en la diversidad: intermediaciones, interconexiones y alianzas

Escobar elabora la noción de “prácticas de lugar” a partir de la relación entre “conocimiento local” y “modelos culturales”, y lo hace con especial referencia a los modelos culturales sobre la naturaleza. Recordemos que, en los últimos años y en el contexto del discurso del desarrollo, la naturaleza ha dejado de ser representada como entidad viva y autónoma y ha pasado a ser representada como una entidad pasiva. Más aún ha pasado a ser “economizada” por las prácticas que derivan del discurso del desarrollo sustentable, la más reciente versión del discurso del desarrollo. En este sentido, si el discurso general del desarrollo ha facilitado la conquista de la vida social y cultural de buena parte del mundo (Escobar 1995) mediante la disolución y/o subordinación de las diferencias, el discurso del desarrollo sustentable favorece ahora la conquista de la vida misma y la naturaleza. En este contexto la idea de *biodiversidad*, como clave estratégica del discurso del desarrollo sustentable (Escobar 1995, 1998) y/o como representación social (Mato 1997c, 1998, 1999a), se convierte en una referencia significativa dentro del universo de las prácticas sociales contemporáneas.

Escobar sostiene que gracias a la idea de *biodiversidad* la naturaleza se ha transformado en una fuente de valor en sí misma; que la flora y la fauna se han hecho valiosos no como recursos, sino como reservorios de valor que la investigación, el conocimiento y la biotecnología “liberan” para el capital y las comunidades. Añade que esta es una de las razones por las cuales las comunidades étnicas y campesinas, particularmente las de los bosques tropicales del mundo y a condición de que acepten que sus habitats sean tratados como reservorios de capital, están siendo finalmente reconocidas como propietarias de sus propios territorios (Escobar, 1995:202).

Algunos estudios de casos nos informan de experiencias inspiradas en los principios de conservación y explotación de la biodiversidad que se llevan a cabo en diversas partes de Latinoamérica. La exposición detallada de estas prácticas revelan los vínculos profundos que se establecen entre las concepciones ecologistas-naturistas y las de la

sustentabilidad del desarrollo. Estos nexos convergen en alianzas activas y polémicas, por ejemplo, entre los movimientos indígenas y los movimientos ambientalistas (Veánse, por ejemplo: Brysk 1994; Carr, Pedersen y Ramaswamy 1993, 1994; Conklin y Graham 1994; Corry 1993; García Guadilla y Blauert 1994)

Este tipo de estudios de casos pone de relieve las *dinámicas de relación* que tienen lugar entre los distintos actores sociales que participan en estas alianzas. Estas generalmente han sido clasificadas como de colaboración, conflicto, negociación, entre otras modalidades plausibles aún por sistematizar, y han resultado útiles tanto para el análisis procesal como situacional de los eventos que tienen lugar en el interior de las redes de interconexiones globales-locales.

Por análisis procesal de las dinámicas de relaciones nos referimos a cómo estas últimas se transforman continuamente y asumen diversas formas durante lapsos significativamente largos, vistos tácticamente, sin que ello desvíe la visión estratégica que orienta los objetivos de los diversos actores sociales involucrados en este tipo de prácticas. En este contexto se inscribe el análisis de Weiss (2000) sobre las alianzas entre los diversos pueblos indígenas que cristalizaron en Ecuador entre 1990 y 1997, y las relaciones de éstos con agencias internacionales. Dentro de un período que se inicia poco antes de la década de los ochenta, Weiss distingue cinco fases en la construcción de tales alianzas, cuya consolidación verifica dos importantes procesos sociales. En primer lugar, un crecimiento secuencial a través de prácticas entramadas primero locales y luego nacionales, regionales y transnacionales en orden progresivo. En segundo lugar, la integración de actores sociales que, proporcionalmente a los niveles de crecimiento anteriores, se van haciendo cada vez más complejamente heterogéneos. Weiss apunta que el éxito de este elaborado proceso de construcción de alianzas tuvo y mantuvo como principio el de la *unidad dentro de la diversidad*.

Significativamente, es en la relación unidad-diversidad donde se resumen las “conversaciones” entre el pasado y el presente, lo moderno y lo tradicional de las que nos habla Escobar para resaltar, dentro del marco de la antropología de la globalización, la necesidad de superar la

asimetría que opera entre el espacio (lo global) y el lugar (lo local) promovidas por algunas de las narrativas de la globalización.

También en la relación de unidad-diversidad reside la posibilidad de trascender la relación de oposición entre lo global y lo local. La relación unidad-diversidad constituye el espacio de la *interlocución* y la *intermediación* de las que nos habla García Canclini y que nos permite imaginarnos nuestras múltiples identidades, así como imaginar aquellas de los otros con los que estamos en conflicto o buscamos alianzas o, al menos, nos permite escuchar cómo ellos la nombran cuando no sabemos cómo llamarla (García Canclini 1999b:117).

Adicionalmente, es a esta unidad en la diversidad a la que se refiere la noción de “coproducción cultural” a la que nos remiten García Canclini y Yúdice para caracterizar la relación entre identidad y ciudadanía que deriva de las prácticas de intermediación de los nuevos actores sociales en tiempos de globalización.

En el contexto de las diversas espacialidades y temporalidades de las que da cuenta la relación entre unidad y diversidad también cobra interés el estudio de las representaciones sociales del espacio y del tiempo. Este recurso nos permite repensar las relaciones entre identidad y territorio y sus procesos de transformación y/o reconstrucción en el mundo contemporáneo. A estas relaciones y transformaciones se refiere Appadurai cuando examina la *disyunción* entre el estado y la nación como expresión de la “crisis de los estados nacionales”, entendidos como unidades étnica y gubernamentalmente compactas e isomórficas. Aunque esta disyunción no apunta unívocamente a la disolución de aquellos se localiza en el “guión” que, como signo, sirve de enlace a la construcción lingüística, y también histórico-ideológica, del estado-nación (1990, 1996, 1999).

Alrededor de estas disyunciones encuentra su lugar, por ejemplo, el examen detenido y crítico de la relación entre control social e identidad cultural, o bien la relación entre el estado y la sociedad civil. En esta línea se inscribe el trabajo de Yúdice (1997) cuando examina estas relaciones en el contexto mexicano desde comienzos de los 80. Yúdice resalta el impacto sobre la identidad cultural experimentado con la apertu-

ra económica al neoliberalismo. Menciona, como parte de dicho impacto, los cambios en la forma en que el Estado interpela a los sujetos nacionales. Señala, por ejemplo, cómo la disolución del discurso antiimperialista y nacionalista se asocia a la desaparición de aranceles y otras barreras comerciales, y cómo se redefine la manera en que se concibe la soberanía nacional. En el discurso estatal la amenaza pasa del interventor extranjero a la fragmentación interna. Así, las luchas de los pueblos indígenas y de algunos movimientos sociales son señaladas como equivalentes a los fundamentalismos nacionalistas que los discursos hegemónicos de la occidentalidad achacan a la cultura islámica, o a los serbios y croatas (Yúdice 1997:12).

Frente a esto, Yúdice sostiene que las iniciativas provenientes de este tipo de organizaciones de base y las luchas de los movimientos sociales, con el apoyo de organizaciones no gubernamentales, muchas de ellas extranjeras, son las que están nutriendo a la sociedad civil. En este sentido, los zapatistas por ejemplo, han logrado constituirse en una fuerza de tipo social y moral orientada hacia la definición del bien público. Además, como sus acciones se despliegan simultáneamente a nivel local, regional, nacional, transnacional y global también constituyen una redefinición de la idea de soberanía. Ya no se trata de un mundo nacional, sino de muchos; una [otra] nación *multicultural* en la cual todas las comunidades y lenguas tienen espacio y cabida (Yúdice 1997 21).

Para Appadurai, es a propósito de la redefinición de la soberanía, la nación y el estado que el *territorio* constituye el problema fundamental en la crisis contemporánea del estado-nación, o mejor, en la relación entre estado y nación. En la medida en que los estados-nación existentes se apoyen en alguna idea implícita de coherencia étnica, como la base de la soberanía estatal, estarán aminorando, degradando, penalizando, asesinando o expulsando a los que son vistos, y/o se ven, como étnicamente de segundo orden, como se verifica en el caso de México antes referido. En este sentido el estado-nación se convierte en un factor promotor de migraciones y diásporas en favor del “desarraigo” de los individuos y grupos, mudándolos a otros escenarios nacionales y/o transnacionales. Pero al mismo tiempo, cada estado-nación se ve impelido a aceptar en su territorio toda una gama de no-nacionales, quienes generan, de mane-

ra constante, una variada constelación de demandas territorialmente ambiguas sobre derechos y recursos cívicos y nacionales (Appadurai 1999:123).

Appadurai hace una distinción entre suelo y territorio a objeto de explicar las disyunciones en los nexos entre espacio, lugar, ciudadanía y nación. Así, mientras el suelo es una cuestión de discurso espacializado y originario sobre la pertenencia, el territorio trata de la integridad, el deslinde, la vigilancia y la subsistencia. Es el lugar de la soberanía y del control estatal de la sociedad civil. En consecuencia, en la medida en que se abren fisuras entre el espacio local, el translocal y el nacional la idea de territorio como base de la lealtad y el afecto nacional (o suelo patrio) se divorcia cada vez mas de la idea de territorio como lugar de la soberanía y del control social. Es decir que la jurisdicción y la lealtad están cada vez más separadas, lo cual constituye una amenaza para la integridad del estado-nación en su forma clásica, porque ella supone que el suelo y el territorio son coincidentes y se sustentan mutuamente.

A la luz de estas tensiones parece conveniente considerar la propuesta que hace Coronil (1996) de superar los marcos de referencias que se sustentan en las categorías geohistóricas de lo que este autor denomina *Occidentalismo*. Como sostiene Coronil, el modelo fundacional de los estados nacionales se sustenta en una peculiar relación entre *historia* y *territorio*. Esta relación se expresa en una integración asimétrica del espacio y del tiempo que supone una naturaleza estática para el primero y dinámica para el segundo. Tal asimetría resulta de un supuesto básico: los territorios serían entidades fijas y naturales, no entidades construidas. Por lo tanto, serían el espacio natural de las historias locales (historización del territorio). Ahora bien, como estos espacios, en tanto que fijos, aparecen como un resultado *natural* y *no histórico*, ello sirve para que la historia de pueblos en contacto quede ilusoriamente anclada a territorios separados (territorialización de la historia), cercenando así los vínculos existentes entre ellos. Como resultado de estos procesos se produce la ilusión de que las identidades (locales, nacionales y/o regionales) son el resultado de historias independientes y no el resultado de relaciones históricas (Coronil 1996: 77). Esta ilusión admite la jerarquización de los espacios geográficos y las historias locales, y privilegia una particular

versión de la historia. Aquella que se ha construido a partir de prácticas expansivas, desplegadas progresivamente sobre la casi totalidad de los territorios no occidentales. Coronil se basa en esta relación de asimetría entre tiempo y espacio para definir el *Occidentalismo*. Es decir, el un conjunto de prácticas representacionales que participan en la producción y reproducción de una concepción del mundo que se distingue por cuatro rasgos específicos: separa los componentes del espacio planetario en unidades discontinuas, desagrega sus historias relacionales, transforma la diferencia en jerarquía e interviene en la reproducción de relaciones asimétricas de poder.

En el contexto de las relaciones entre espacio, tiempo y poder y del análisis de la relación entre historia y territorio se inscribe el trabajo de Agudo incluido en este volumen. El mismo ilustra cómo en un momento particular, en el contexto de dinámicas complejas en desarrollo —lo cual identifica como análisis situacional— se hacen visibles las contradicciones y tensiones que tienen lugar entre los distintos actores sociales que, como nos refiere este caso, participan de las alianzas que se dan alrededor del movimiento indígena-ambientalista. Este trabajo sostiene que existen numerosos factores que coadyuvan a la consolidación de este tipo de alianzas, tanto en el escenario mundial como en los escenarios locales. Dentro de ellas es posible diferenciar, con marcada vigencia, dos tendencias en disputa. Una que tiende hacia la inmovilidad cultural, o “encarcelamiento espacial” de las poblaciones indígenas (Malkki 1992). Ello es posible a través de representaciones de espacio y tiempo que, subsidiarias del Occidentalismo, de la ideología del nacionalismo territorial y de la narrativa de la globalización singularizada, sirven de insumo para el fortalecimiento y expansión de posiciones jerárquicas y desiguales de poder tanto en los escenarios locales como globales. Otra que, activando procesos sociales de reconstrucción identitaria, en el interior de los escenarios nacionales apunta a la redefinición tanto del “estado”, a través de sus aparatos institucionales, como de la “nación”, a través de la rearticulación de historias ilusoriamente truncadas y diferenciadas. Finalmente, este trabajo ilustra cómo las representaciones sociales de espacio y de tiempo operan como recurso de negociación del poder, en la construcción de un sentido compartido (unidad) para los variados actores (diversidad) que participan de las prácticas que giran alrededor de las alianzas indígenas-ambientalistas.

Los políglotas de la sociabilidad

La idea de unidad en la diversidad constituye también un punto de referencia importante en otras proposiciones teóricas que revisaremos en esta sección. Así, a la perspectiva analítica en desarrollo hasta aquí esbozada se integran estas otras contribuciones que aportan nuevos elementos a algunos de los aspectos desarrollados en páginas anteriores. Entre ellos: conceptualizar la globalización como resultante de múltiples procesos y no como proceso singular, resaltando la variedad de procesos sociales que operan combinadamente en el mundo contemporáneo; criticar aquellas perspectivas de análisis que hacen de la dimensión económica o política esferas determinantes de las relaciones y dinámicas sociales; reconocer el carácter analíticamente multidimensional de los procesos de globalización, lo que equivale a comprenderlos como simultáneamente políticos, económicos, sociales y/o culturales; destacar la importancia de las prácticas sociales en los procesos de globalización, en particular a partir de una mirada cultural a los mismos; incorporar el estudio de casos como estrategia de análisis, lo cual permite desmitificar la naturaleza anónima y translocalizada de los procesos de globalización mediante la cual algunas narrativas de la globalización ocultan a los sujetos productores éstos; y elaborar interpretaciones analíticas capaces de dar cuenta de aspectos habitualmente ignorados debido a la unilateralidad de los enfoques disciplinarios convencionales.

La perspectiva analítica que venimos esbozando en base a las contribuciones de varios autores se expande y enriquece si integramos a la misma algunas categorías que dan cuenta de la *multifuncionalidad* que caracteriza a las prácticas culturales de algunos actores sociales contemporáneos. En este sentido, conviene detenerse en el trabajo de Yúdice (2000) quien examina la versatilidad de las prácticas que distinguen a ciertos actores sociales. Señala el autor que estas prácticas comprenden acciones cuyos propósitos, alternos y/o simultáneos, van desde la resolución de problemas, conflictos y desigualdades sociales y económicas, hasta fomentar un fuerte y variado activismo cultural. De los casos estudiados por Yúdice se deriva que las prácticas fundadas en valores “comunitarios” operan igualmente como recursos también políticos y económicos. Ello hace posible comprender que las prácticas, tradicional-

mente entendidas como culturales, al trascender los márgenes de su acotación analítica pueden ser entendidas como un efectivo recurso *socialmente polivalente*. (Yúdice 2000). La *multifuncionalidad* de este tipo de prácticas y su *polivalencia* cuestionan, una vez más, el sentido unívoco (primordial y/o esencial) que suele atribuirse a las identidades grupales, a la vez que sitúan, nuevamente, en las intersecciones entre lo local, lo nacional y lo transnacional la posibilidad de su construcción y de sus transformaciones.

Como venimos sosteniendo, la recuperación de la visibilidad de buen número de actores sociales, poco visibles desde perspectivas tecnologicistas o economicistas, es una de las características más salientes de la perspectiva analítica aquí propuesta para el estudio de los procesos sociales contemporáneos. En este contexto, resulta particularmente interesante la aproximación elaborada por Yúdice para dar cuenta pormenorizada de la complejidad (multifuncionalidad y polivalencia) que caracteriza a ciertos actores sociales. Resalta así el hecho de que las prácticas de estos actores no son susceptibles de generalización, precisamente, debido a la complejidad de cada una de las experiencias, en constantes procesos de construcción y reconstrucción.

Yúdice describe ocho categorías básicas para el estudio pormenorizado de los procesos promovidos por los actores sociales que cobran visibilidad desde una perspectiva analítica que pone especial atención a “lo cultural”, es decir, a lo simbólico social. Cada una de estas categorías, a su vez, comprende al menos cinco subcategorías adicionales, sumándose a esta complejidad toda posibilidad de cruces y combinaciones entre las distintas categorías y subcategorías acotadas.

Este autor diferencia entre los *actantes* (demandantes, reclamadores, víctimas, opresores, represores, detentadores del poder, adyuvantes, cómplices, intermediarios, etc.), las *circunstancias* y su *disposición* (localidades rurales, urbanas o suburbanas, regionales o nacionales: afectadas o no por fuerzas externas; existencia o no de medios formales o informales para la movilización; tipo de economía, de sistema político, de formación social, etc.), los tipos de *acción* (insurrección, protesta, ocupación, acción pública, etc.), los tipos de *colectividad* (mencionados arriba), sus modos de *organización* (étnicas, sindicatos, redes,

grupos sociales, asociaciones de autoayuda, otros tipos de organizaciones no-gubernamentales, etc.) las *metas* (obtener recursos, ser reconocidos, cambiar leyes, eliminar la violencia, etc.), y las *modalidades* (políticas, económicas, sociales, culturales).

Resulta interesante que en el caso de los *actantes* Yúdice aborde una dimensión diferente a la propuesta por Mato en su categorización de los actores sociales. El cruce entre los diferentes actores sociales que define Mato, definidos en términos del alcance espacial de sus prácticas, y las subcategorías de actantes que elabora Yúdice, en función de la posición que éstos ocupan dentro de las redes de interacción a través del ejercicio y la práctica del poder, puede ser una aproximación provechosa en el estudio de casos de “redes de poder”.

La contribución de estos dos autores a la interpretación que venimos esbozando, en términos de los sujetos de la globalización y sus prácticas, da cuenta de la multiplicidad de procesos que operan combinadamente en los escenarios sociales contemporáneos. Sea que esto ocurra por intersección, yuxtaposición y/o superposición de prácticas sociales, como sucede por ejemplo con las alianzas indígenas-ambientalistas, estudiadas por Weiss y Agudo. O sea que ocurra por difusión, diseminación, apropiación y/o recreación como acontece con algunos de los procesos de producción de representaciones sociales estudiados por Mato. En cualquier caso esta variada gama de formas de circulación de bienes, prácticas y representaciones todavía requiere una mayor elaboración.

De tal complejidad deriva, con toda propiedad, la noción de “co-producción” elaborada por García Canclini (1990, 1995, 1999b). Dicho término es además el que escoge Yúdice para dar cuenta de cómo se intersectan tanto la variedad de prácticas, como las formas de percepción de la experiencia, que son producidas por los actores sociales por él estudiados en su artículo en este volumen. Estos casos ilustran acerca de sofisticados procesos mediante los cuales la experiencia cultural es convertida en *aprendizaje social y comunicacional*. Se trata de un tipo de experiencias que exige y favorece el desarrollo de capacidades y destrezas complejas. Entre ellas, viene al caso destacar especialmente la capacidad de una comunicación multilingüe. De esta última depende el éxito

de las prácticas de aquellos actores sociales ubicados en los espacios de la interlocución y la intermediación, a quienes Yúdice denomina “políglotas de la sociabilidad”.

Siguiendo a Martín Barbero, Yúdice sostiene que esta nueva condición y las prácticas que de ella derivan dicen de la “construcción de nuevos modos de ser ciudadano”. Debemos recordar que lo que define el movimiento de la ciudadanía es la dinámica de exclusión-inclusión en relación con la sociedad y sus poderes. Como sostiene Vargas Valente (1999) las formas de expansión de la ciudadanía corresponden a un doble movimiento: desde arriba, bien sea por presión de los excluidos o por intentos populistas-modernizantes de los estados, y desde abajo, a partir de las luchas de diferentes grupos no hegemónicos, los cuales buscan ampliar sus derechos ciudadanos. En este último caso, la construcción de la ciudadanía ha significado la extensión real de los derechos ciudadanos y la expansión simbólica, en las sociedades y en la subjetividades, del ejercicio ciudadano y del espacio de los derechos. Por un lado, ese doble movimiento ha brindado la posibilidad de conocimiento de los derechos existentes y fundamentalmente la *posibilidad de invención y creación de nuevos derechos*, lo que la autora refiere como la conciencia del derecho a tener derechos. Por otro lado, este doble movimiento es clave en el desarrollo de ciudadanía globales porque la apropiación de la idea del “derecho a tener derechos” está en la base de la forma como los derechos globales han comenzado a expresarse (Vargas Valente, 1999:127).

Las formas de expansión de la ciudadanía también son objeto de interés de Yúdice. Desde su perspectiva las prácticas de intermediación y de interlocución, que hacen de los políglotas de la sociabilidad emergentes actores sociales, revelan que lo político y lo económico experimentan inusitados ensanchamientos y reconstituciones a partir de lo que él denomina procesos de *saturación cultural*. Se trata de una nueva categoría que da cuenta de cómo “la cultura” se ha convertido en un activo recurso de interacción para el juego político y/o para las transacciones económicas. La polivalencia de estas prácticas culturales sugiere que más allá de desplazamientos y cruces entre lo cultural, lo político y lo económico, operan dinámicas aún más intensivas, de las cuales derivan lo que este autor denomina *política cultural y economía cultural*.

En pocas palabras, porque lo cultural lo ha saturado todo, la cultura hoy en día, lejos de toda reducción a la lógica de lo político, es percibida como práctica con valor político y económico específicos. De ahí que el concepto de ciudadanía que deriva de los procesos de saturación cultural implica creer en el “derecho a tener derechos”, inclusive derechos culturales dentro de los cuales Yúdice ubica las políticas de autoestima y autoayuda.

Sin embargo, aunque las de *política cultural* y *economía cultural* son tipos de prácticas que abren oportunidades para nuevos actores sociales, esto no garantiza apertura hacia formas más democráticas o de equidad, ni siquiera al interior de esos actores sociales, como lo ilustra el estudio de Yúdice (2000). Resulta que también hay formas desiguales de insertarse en estos nuevos procesos y así se crean y recrean diferencias entre actores específicos dentro de un mismo universo de actores sociales. No todos los actores tiene el mismo poder, y además hay privilegios, y esto crea tensiones entre actores sociales que podrían sostener alianzas. Así resulta que este tipo de tensiones también generan tendencias en oposición. Las experiencias estudiadas por Yúdice lejos de involucrar tendencias homogéneas o unívocas resultan ser complejas y contradictorias. Este carácter complejo y contradictorio se ve además acentuado por la forma desigual —en tiempo, espacio e intensidad— con que estas tendencias son experimentadas en distintas partes del planeta.

Así las tendencias resultantes de las experiencias de *política cultural* y *economía cultural* no hacen sino contribuir a reforzar el carácter complejo, polivalente, e incierto que, en la primera sección de este texto, hemos afirmado que es característico de los procesos de globalización contemporáneos. Pero este tipo de experiencias no son sino un factor más de los muchos que tienden a engendrar complejidad, polivalencias e incertidumbre en los procesos de globalización contemporáneos. Por eso creemos que la posibilidad de estudiarlos de maneras fértiles —es decir, que abran nuevas posibilidades de análisis, y con ellas también posibilidades de intervención a actores sociales que impulsan transformaciones orientadas al logro de mayor justicia social y democracia— depende de generar interpretaciones analíticas que partan de reconocer

esos atributos como marcadamente característicos de estos tiempos de globalización.

Nota:

- (1) El uso del adjetivo “casi” se hace necesario toda vez que sin necesidad de buscar ejemplos más allá de América Latina, la existencia de situaciones como la de la *Guayana Francesa* no hace posible hablar sin más del fin de los imperios coloniales, mientras que la vigencia del bloqueo económico a Cuba tampoco permite hablar del fin de la Guerra Fría sin más aditamentos. Pero, además, como sabemos existen otros casos en otros continentes.

Referencias Bibliográficas

- Agudo, Ximena (1998a) “De la plenitud al vacío. Análisis de algunas representaciones sociales del tiempo y del espacio en tiempos de globalización”, *Revista Extramuros* No.9, Caracas, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, pp. 11-27.
- Agudo, Ximena (1998b) *Representaciones sociales de tiempo y espacio y relaciones de poder, a través de algunas construcciones teóricas recientes*, Caracas, Comisión de Estudios de Postgrado, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela (en vías de publicación).
- Agudo, Ximena (1999) “Alianzas indígenas-ambientalistas y procesos de globalización: la negociación del tiempo del espacio y del poder”, *Revista Cuadernos del Cendes* (en prensa).
- Agudo, Ximena (2000) *La Negociación del Espacio y del Tiempo en los procesos de Globalización*, en Mato, Agudo e García (coordinadores) *América Latina en tiempos de globalización II*, Caracas, UNESCO-CIPOST/UCV.
- Appadurai, Arjun (1990) “Disjuncture and difference in the global cultural economy”, en Mike Featherstone (edt.) *Global Culture: nationalism, globalization and modernity* pp. 171-192.

- Appadurai, Arjun (1996) *Modernity at large. Cultural dimensions of globalization*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Appadurai, Arjun (1999) "Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional", *Nueva Sociedad* 163, pp. 109-124.
- Boron, Atilio (1999) "Pensamiento único y resignación política", *Nueva Sociedad* 163, pp 139-151.
- Carr, Thomas, Heather Pedersen y Sunder Ramaswamy (1993) "Rain forest entrepreneurs" *Environment* 35(7), pp. 12-35.
- Conklin, Beth y Laura Graham (1994) "In whose interests? Indigenous knowledge and politics of indian-environmentalist alliances in Brazil", en Trevor Purcell, Evelyn, Nweman, Phillips and Greenbaum, Susan (eds.) *The indigenous perspective* (en vías de publicación)
- Coronil, Fernando (1996) "Beyond Occidentalism: towards nonimperial geohistorical categories", *Cultural Anthropology* Vol 11(1), pp. 51-87.
- Coronil, Fernando (1998) *Postcoloniality's nature: from eurocentrism to globalcentrism*, Congreso Mundial de Sociología, Montreal (julio 26-31), 16 págs.
- Corry, Stephens (1993) "Human rights, principled issue-network, and sovereignty in Latin America" *International Organizations* 47(3), pp.411-441.
- Escobar, Arturo (1995) *Encountering development. The making and unmaking of the Third World*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Escobar, Arturo (1998) *The place of nature and the nature of place: globalization or postdevelopment?*. Ponencia presentada en 14o. Congreso Mundial de Sociología, Montreal, (julio 26-31).
- Ferrer, Aldo (1996) *Historia de la globalización*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- García Canclini, Nestor (1990) *Culturas híbridas*, Buenos Aires, Ediciones Sudamericana.
- García Canclini, Nestor (1995) *Consumidores y ciudadanos*, México, Grijalbo
- García Canclini, Nestor (1999a) "Globalizarnos o defender la identidad. ¿Cómo salir de esta opción?", Caracas, *Nueva Sociedad* 163, pp.58-70.

- García Canclini, Nestor (1999b) *La Globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós.
- Giddens, Anthony (1990) *The consequences of modernity*, Cambridge, Polity Press.
- Gilpin, R. (1987) *The political economy of international relations*, Princeton, Princeton University Press.
- Gupta Akhil y James Ferguson, (1992) “Beyond ‘culture’: space, identity, and the politics of difference”, *Cultural Anthropology*, Vol.7, No.1, pp.6-23.
- Hannerz, Ulf (1996) *Transnational Connections*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Kenichi, Ohmae (1995) *The end of the nation-state: the rise of regional economies*, Nueva York, Free Press.
- Malkki, Lisa (1992) “*National Geographic*: the rooting of peoples and the territorialization of national identity among scholars and refugees”, *Cultural Anthropology* Vol. 7., No. 1, pp.24-43.
- Mato, Daniel (1994) “Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe”, en: D. Mato (coord.) *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*, Caracas, UNESCO-Nueva Sociedad, pp.22-28.
- Mato, Daniel (1995) *Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Mato, Daniel (1996a) “Procesos culturales y transformaciones sociopolíticas en tiempos de globalización”, en: D. Mato, M. Montero y E. Amodio, (coords.) *América Latina en tiempos de globalización*, Caracas, UNESCO-ALAS-UCV, pp. 11-47.
- Mato, Daniel (1996b) “On the theory, epistemology, and politics of the social construction of ‘cultural identities’ in the age of globalization”, en: Jeremy Beckett and Daniel Mato (editores) *Indigenous peoples/global terrains. Identities*, 3(1-2): pp.61-72
- Mato, Daniel (1997a) “A research based framework for analyzing processes of (re)construction of ‘civil societies’ in the age of globalization”, en J. Servaes and R. Lie (eds.) *Media & Politics in Transition: Cultural Identity in the Age of Globalization*, Lovaina, ACCO Publishers, pp. 127-140.

- Mato, Daniel (1997b) "On global and local agents and the social making of transnational identities and related agendas in 'Latin America', *Identities* 4(2), pp. 155-200.
- Mato, Daniel (1997c) "Culturas indígenas y populares en tiempos de globalización", *Nueva Sociedad* 149, pp. 100-113
- Mato, Daniel (1998) "The transnational making of representations of gender, ethnicity, and culture: indigenous peoples' organizations at the Smithsonian Institution's Folklife Festival", *Cultural Studies* 12(2), pp. 193-209.
- Mato Daniel (1999a) Globalización, representaciones sociales y transformaciones sociopolíticas, *Nueva Sociedad No. 163*, pp.152-163
- Mato Daniel (1999b) Sobre la fetichización de la "globalización", *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura* 5(1), pp. 129-147.
- Mato, Daniel (2000) "Prácticas transnacionales, representaciones sociales y orientaciones de acción en la reorganización de las sociedades civiles en América Latina", en D.Mato, X. Agudo e I. García (coords.) *América Latina en tiempos de globalización II*, Caracas, UNESCO-CIPOST/UCV.
- Mires, Fernando (1999) "La política en tiempos de la globalización", *Nueva Sociedad No. 163*, pp.164-177.
- Pelmutter, Howard (1991) "On the rocky road to the first global civilization". En *Human Relations*, vol. 44. No.9 pp. 897-1010.
- Przeworski, Adam (1991) *Democracy and the market: political and economic reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Robertson, R. (1990) *Globalization*, Londres, Sage.
- Rosenau, James (1992) Citizenship in a changing global order, en Rosenau, J. & Czempiel, E. (ed.) *Governance without government: order and change in world politics*, Cambridge (Ma.), Cambridge University Press. Pp.272-294.
- Sklair, Leslie (1991) *Sociology of the global system*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Sonntag, Heinz (1997) "Las mutaciones del liberalismo y el sistema internacional en perspectiva", *Cuadernos del CENDES*, No. 13-14, pp. 229-253.

- Sonntag, Heinz y Arenas, Nelly (1995) *Lo global, lo local, lo híbrido*, Documento de debate No. 6, París, UNESCO
- Smith, Anthony (1990) “Toward a global culture?”, en Mike Featherstone (ed.) *Global culture: nationalism, globalization and modernity*. pp. 171-192.
- Vargas Valente, Virginia (1999) “Ciudadanía globales y sociedades civiles”, *Nueva Sociedad No.163*, pp. 125- 138.
- Wallerstein, Immanuel (1991) *Geopolitics and Geoculture*.
- Wallerstein, Immanuel (1997) *El Futuro de la Civilización Capitalista*, Barcelona, Editorial Icaria-Antrasyt.
- Waters, Malcolm (1995) *Globalization* Londres, Routledge.
- Weiss, Wendy (2000) ‘La época de la globalización y las nuevas alianzas políticas’, en Mato, Agudo e García (coords.) *América Latina en tiempos de globalización II*, Caracas, UNESCO-CIPOST/UCV.
- Yúdice George (1993) “Postmodernism in the periphery”, en Navarro Desiderio (ed.) Postmodernism: center and periphery, *The South Atlantic Quarterly*, Vol. 92, No.3, pp. 543-556.
- Yúdice, George (1995) “Postmodernidad y capitalismo transnacional en América Latina”, en García Canclini, Nestor (comp) *Cultura y pospolítica. El debate sobre la modernidad en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp 63-93.
- Yúdice, George (1997) Globalización de la cultura y nueva sociedad civil, Caracas, CIPOST/UCV.
- Yúdice, George (2000) “Redes de gestión social y cultural en tiempos de globalización”, en Mato, D., X. Agudo e I. García (compiladores) *América Latina en tiempos de globalización II*, Caracas, UNESCO-CIPOST/UCV.